

¿Emil Ḥabībī leyó mi artículo sobre Sherezade y “la Mujer de la Caja”?

[Traducción del árabe por JUAN PEDRO MONFERRER SALA]

Berlín occidental, a 3 de diciembre de 1988

Una vez concluido el “2º Congreso Internacional de la Mujer Árabe” en El Cairo, el 5 de noviembre, *tishrīn at-tānī* de 1988, me quedé varios días en la ciudad, volando luego a Frankfurt y de allí a Berlín occidental para estar en compañía de mi marido, Gerhard Fisher, y nuestra hija Lina.

En aquel entonces disfrutábamos de un largo permiso de estudios fuera de Australia y vivíamos en el Berlín occidental. No se nos escapaba ninguna actividad cultural o artística que tuviese lugar en la bulliciosa ciudad. Nuestro programa diario se completaba con el teatro, el cine, las exposiciones de arte y las reuniones culturales.

Entre el 28 y el 30 de noviembre de 1988 asistí a la tertulia literaria *Tage der modernen arabischen Literatur* denominada “Efectivos de escritores del mundo árabe” y se me colocó en la sección *Literarisches Colloquium* en la calle *Sandwerder* nº 5, en el Berlín occidental.

El primer día, el lunes 28 de noviembre, había una gran sala atestada de árabes residentes en Berlín y algunos alemanes interesados en la literatura árabe moderna. Tuve que permanecer de pie durante unas horas, pues allí no había sitio para sentarse.

El Profesor Fritz Steppart, de la “Universidad Libre” de Berlín habló de la literatura árabe, ofreciendo una visión sintética de su vasta historia. Su disertación fue aburrida, entrecortada, a modo de extractos de diversas páginas sacadas de una Enciclopedia. Luego le siguieron otros. Uno de ellos habló sobre la curia española contraria al Islam y otro de la literatura marxista. Luego se levantó la docta de la reunión, Fatima Mernisi, de Marruecos, y dirigió la palabra a un nutrido grupo de hombres. Había dificultad en el lugar para que los hombres entendiesen lo que decía en árabe o en inglés. En su conferencia dijo: “el problema de los árabes no es Israel, ni la guerra nuclear, sino cómo encaran la muerte los árabes”. Y cargó de nuevo sobre nuestros oídos: “los árabes temen a la muerte y éste es el problema”. Tras ello, otra mujer presentó unos textos literarios árabes contemporáneos.

Al dar comienzo el debate agité las manos por todos lados. Púsose de pie Adonis y dijo, dirigiendo acusaciones contra los alemanes que lo habían invitado

a su ciudad, que prefería reunirse con escritores alemanes, pero nadie le prestó atención ni le hizo caso, y enfadado dijo que como escritor árabe quería salir de un caracol “que babosea sobre restos arqueológicos”, asegurando que la poesía árabe actual es, con mucho, de mejor factura que la americana, la soviética o la japonesa.

Algunos le aplaudieron, mientras que los otros no. El debate se prolongó hasta las 11 y media de la noche. No tomé parte en el debate. Observaba y oía, mientras me afligía el corazón. La reunión de Berlín me traía a la memoria mi visita a El Cairo. Allí, como aquí, también hubo quien gritó, pero por causas distintas.

No sabía que el martes 29 de noviembre me ocultaba una gran sorpresa.

Se levantó el escritor palestino Emil Ḥabībī y habló al público de “la Mujer de la Caja” con la que desencadené una tempestad en El Cairo de al menos un mes, como consecuencia del tema que presenté en el “2º Congreso Internacional de la Mujer Árabe”. Los periódicos y las revistas recibieron el asunto de diverso modo. Me quedé inmóvil en mi sitio mientras oía mis ideas fluir entre la gente en esta tertulia literaria en Berlín, ¡sin que en ningún momento se mencionase mi nombre!

No dije nada durante el debate. Mi cabeza daba vueltas y el dolor hizo presa de mí. Humildemente me dirigí hasta Emil Ḥabībī durante el descanso y le dije: “mi nombre es Samar al-Attār. He estado hace veinte días en El Cairo y hablé de lo que usted ha hablado aquí en Berlín ¿Ha leído los periódicos egipcios en Israel? ¿Ha oído hablar del “Congreso de la Mujer Árabe” que se ha celebrado recientemente en El Cairo?”.

La sorpresa lo dejó estupefacto ¿Quién iba a pensar que aquella mujer siria que escribió al respecto “la prueba de José”, que vivía en Suecia —otros periódicos escribieron que vivía en Australia— estaría en un lapso tan breve de tiempo en El Cairo y en Berlín y escucharía repetir sus ideas en otras lenguas?

Emil Ḥabībī me susurró, como susurra la mosca, diciendo:

— “¿Todo eso no es crítica social?”.

No me dijo ni sí ni no, pero necesitó de una frase sin sentido para contestarme.

Lo dejé rápidamente para salir. El primero a quien ví fue a Gamal Guitani, el escritor egipcio. Cuando le dije a Gamal lo que me había molestado (Gamal estaba en El Cairo hacía veinte días y sin duda que había oído sobre el asunto y sobre el congreso de al-Sa’dāwī) e intentó calmarme diciendo: “todo ello es el legado ... la Mujer de la Caja es el legado”.

No quise volver a la tertulia literaria el tercer día. La tristeza me asediaba por doquier.

Mi marido me convenció para que fuera, diciéndome: “¿dónde podrás reunirte con este numeroso efectivo de escritores árabes, ya que vivimos en el

culo del mundo, en Australia? Ésta es tu ocasión de oro. Ahora estamos en Berlín y todo el mundo ha venido a Berlín occidental”.

El miércoles 30 de noviembre de 1988 escuché a Āsiyā Ŷabbār, que escribe en francés sobre la vida de las mujeres argelinas. En su disertación comparó a unos judíos alemanes con los argelinos en cuestiones de lengua ¡Hallé la comparación del todo extraña!

Después de Āsiyā hablaron otros ¡Un argelino que escribía en francés se había propuesto luego comenzar a escribir en árabe!; ¡a un sirio que escribía en alemán y vivía en Alemania del este, el estado le había concedido un premio sin que hubiese despuntado!

Me asaltaba esta cuestión en torno a la lengua, yo, que me sentía como un muerto transcurridos dos días.

Āsiyā Ŷabbār escribe en francés sobre la vida de unas mujeres sin poder reflejar lo que dicen en dialecto árabe argelino. Bū Ŷadara se empeña en escribir en árabe súbitamente, pese a que viene escribiendo en árabe durante bastantes años.

Por vez primera estaba de acuerdo con la discusión. Nadie sabía nada de mí. La mayoría de ellos se conocían unos a otros en aquella sala. Nadie imaginaba que una persona extraña como yo, del culo del mundo, se les sumara y les hiciera las preguntas del barquero.

Al venir mi marido por la tarde para llevarme a casa de nuestros amigos, en la calle Bayerische, cerca del célebre Kudamm, todavía andaba pensando en Emil Ḥabībī, ansiando que lo que dijera en la tertulia literaria fuese una mera coincidencia de ideas.

De las notas de Samar al-‘Atṭār.
Texto inédito.